LIBRO dot.com

Hans Christian Andersen

El jardín del Edén



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Había una vez un príncipe que tenía tantos libros como nadie ha tenido nunca, y que por su lectura podía enterarse de todo cuanto ocurrió jamás en el mundo, y verlo también representado en las más hermosas de las láminas. Estaba a su alcance toda la información que deseara acerca de cualesquiera naciones y comarcas; una sola cosa no había logrado encontrar nunca en sus libros: una palabra acerca de dónde podía hallarse el jardín del Edén, y era éste precisamente el dato que a él más le atraía. Cuando era muy niño, en edad de comenzar a ir a la escuela, su abuela le había dicho que cada una de las flores que crecían en aquel jardín era un delicioso pastel, y que los pistilos de esas flores contenían vino en su interior. Sobre los pétalos de una de ellas estaba escrita una página de Historia; sobre los de otra, textos de Geografía o Matemáticas, y al comerlas se aprendía instantáneamente la lección. Todo eso creía él en su infancia; pero al ir acrecentando su edad y sus conocimientos, y a medida que progresaba en sus estudios, el joven príncipe fue comprendiendo que las delicias de aquel jardín tenían que sobrepasar en mucho tales dones.

"¿Por qué se habrá acercado Eva al árbol de la Ciencia? -preguntaba-. ¿Por qué tuvo Adán que probar el fruto prohibido? Si yo hubiera estado en lugar de ellos, semejante cosa no habría ocurrido nunca; el pecado no hubiera entrado jamás en el mundo".

Así se decía entonces, y así siguió diciéndose cuando tenía ya diecisiete años. El jardín del Edén seguía siendo el centro de sus meditaciones.

Cierto día salió a pasear por el bosque, solo, distracción que era la que más le agradaba. Llegó el crepúsculo, y al anochecer el cielo se cubrió de nubes, y se desató un aguacero tan intenso como si todo el cielo se hubiera convertido en una esclusa por donde se derramara el agua a raudales. La noche era tan oscura como el fondo del más hondo pozo.

El pobre príncipe no tardó en sentirse empapado hasta los huesos. Tenía que cruzar un amplio espacio rocoso, por sobre vastas peñas de las cuales parecía estar brotando el agua a través del espeso musgo, y estaba ya casi extenuado cuando percibió un extraño murmullo y distinguió ante sí una gran caverna iluminada. En el centro de la caverna había una hoguera, suficiente para asar un venado, que era precisamente lo que se hacía en aquel momento. Y se trataba de un espléndido venado, de considerable cornamenta, ensartado en un asador y girando lentamente entre dos troncos de pino descortezados. Sentada junto al fuego se veía una mujer ya entrada en años, de estatura y corpulencia suficientes para que pudiera pasar por un hombre disfrazado, y que alimentaba las llamas arrojándoles leños de vez en cuando.

-Entra -invitó la anciana- y siéntate junto al fuego para que se te seque la ropa.

-Hay por aquí una corriente de aire bastante desagradable -comentó el Príncipe al tomar asiento en el suelo.

-Pues será mucho peor cuando mis hijos regresen a casa -respondió la mujer-. Estás en la caverna de los vientos, y mis hijos son los cuatro vientos del mundo. ¿Comprendes?

-¿Dónde están tus hijos ahora? -inquirió el Príncipe ansioso.

-Bueno, es algo difícil responder a una pregunta tan estúpida. Mis hijos hacen lo que les da la gana. Ahora están jugando a la pelota con las nubes, allá en el patio grande. -Y la mujer señaló el cielo.

-¿Ah, sí? Pues hablas con bastante rudeza, y no pareces ser tan cortés como las mujeres con quienes tengo ocasión de tratar en mi vida diaria.

-Pues yo diría qué esas mujeres no tienen gran cosa que hacer. Por mi parte, necesito bastante rudeza para meter en vereda a mis muchachos. Pero me las compongo para ello, con todo lo empecinados que son. ¿Ves esas cuatro bolsas colgadas ahí en la pared? Pues ellos les tienen tanto miedo como tú les tenías al cuarto oscuro cuando eras pequeño. Ya te he dicho que soy muy capaz de dominar a esos brutos, y también lo soy de hacerlos meter en esas bolsas y dejarlos encerrados en el interior sin contemplaciones. Ahí se quedan, sin salir ni poder hacer jugarretas hasta que a mí me parece bien devolverles la libertad. Pero aquí llega ya uno de ellos.

El que entró en la caverna, envuelto en una ráfaga helada, era el Viento Norte. Vestía pantalones y chaqueta de piel de oso, y gorra de foca con orejeras. De su barba pendían largos carámbanos, y por la chaqueta se le deslizaban pequeñas piedras de granizo. Otras piedras más grandes cubrieron el suelo de la caverna, mientras un revuelo de copos de nieve penetraba tras el recién llegado.

-No te acerques al fuego en seguida -advirtió el Príncipe. Podrían salirte sabañones.

-¡Sabañones! -exclamó el Viento Norte con una carcajada-. ¡Vaya, los sabañones son mi mayor delicia! ¿Qué clase de animal entecado eres tú? ¿Cómo has venido a meterte en esta caverna de los vientos?

-Es mi invitado -contestó la anciana-. Y si no te agrada la explicación será mejor que te metas en la bolsa. ¿Me has entendido?

La amonestación tuvo su efecto; el Viento Norte respondió cortésmente acerca de sus recientes actividades y de dónde había estado durante el pasado mes.

-Vengo del Océano Artico -dijo-. Fui a la isla de Behring con los rusos cazadores de morsas. Me senté al lado del timón y estuve durmiendo mientras el barco se internaba en el mar; de vez en cuando despertaba y veía los petreles volar alrededor de mis piernas. Son pájaros muy singulares: dan unos cuantos rápidos aletazos, luego extienden las alas, inmóviles, no pierden velocidad por ello.

-No seas tan detallista -objetó la madre de los vientos-. ¿De modo que por fin llegaste a la isla de Behring?

-Sí, y ¡vaya si es espléndida! Tiene una pista de baile lisa como un panqueque, y está toda cubierta de nieve a medio derretir, entremezclada con el musgo y salpicada aquí y allá por huesos de ballenas y osos polares que semejan piernas y brazos de gigantes, cubiertos de verdín. Se diría que el sol no ha brillado nunca sobre ellos. Soplé un poco para disipar la niebla y logré distinguir una casa construida con despojos de naufragios y recubierta con pieles de ballena, toda roja y verde, y un oso polar sentado en el techo, gruñendo. Me acerqué a la playa para curiosear los nidos de las aves marinas, y vi los polluelos sin plumas todavía, chillando y boqueando. Soplé y soplé hasta que hice bajar las cabezas a miles de ellos, y eso les enseñó a cerrar el pico. Un poco más lejos estaban las morsas, revolviéndose en el agua como larvas monstruosas, con sus cabezas como de cerdo y sus colmillos de casi un metro de largo.

-Eres un buen narrador, hijo mío -dijo la madre-. Se me hace agua la boca oírte.

-Luego hubo una cacería. Los hombres arrojaban arpones a las morsas, y la sangre brotaba por entre el hielo como manantiales. Entonces recordé la parte que me correspondía en el juego; soplé mis barcos, es decir, los témpanos de las montañas, empujándolos hacia los botes. ¡Ah! ¡Cómo chillaban y silbaban las tripulaciones! Pero yo silbaba más fuerte que ellos. Tuvieron que arrojar al agua las morsas cazadas y también los cajones y sogas. Yo les eché encima montones de copos de nieve y los hice derivar hacia el sur, para que probaran a qué sabe el agua salada. ¡No volverán nunca más a la isla de Behring!

-¡Pero entonces has estado cometiendo malas acciones! -exclamó la madre de los vientos.

-Otros te contarán las cosas buenas que hice. Pero aquí viene mi hermano del Oeste. Es el que más quiero. Tiene olor a mar y trae consigo una magnífica brisa fresca.

-¿Es ese el pequeño Céfiro? -inquirió el príncipe.

-Sí, es Céfiro, aunque no tan pequeño. Solía ser un excelente muchacho, pero eso fue hace muchos años.

El recién llegado parecía un salvaje de los bosques; llevaba, un sombrero de anchas alas que le protegía el rostro y traía en una mano un garrote de caoba cortado en una selva canadiense. Ninguna otra cosa le habría servido para nada.

-¿De dónde vienes? -preguntó su madre.

-De la selva virgen, donde las lianas espinosas forman verdaderas murallas entre los árboles, donde las culebras de agua yacen sobre la hierba húmeda, donde los seres humanos parecen absolutametne superfluos.

-¿Qué hiciste allí?

-Estuve contemplando el poderoso río; lo vi cuando saltaba pulverizado por sobre las rocas y volaba a las nubes llevando el arco iris. Vi un búfalo silvestre nadando en la corriente, pero el agua se lo llevó. Estaba en compañía de un ánade, y éste levantó vuelo al llegar a la catarata, cosa que el búfalo no podía hacer, por lo cual lo arrastró la corriente. Eso me agradó, y soplé una tormenta de tal fuerza que hizo girar en remolino los añosos árboles como virutas.

-¿No hiciste nada más? -preguntó la anciana.

-Estuve dando saltos mortales en las llanuras, acariciando al potro salvaje y sacudiendo las palmeras para que dejaran caer los cocos. ¡Oh, traigo infinidad de historias, pero no hace falta contarlas todas! Eso lo sabes tú muy bien, vieja.

El viento dio un beso a su madre, con tanto entusiasmo que casi la hizo caer de espaldas. Era en verdad un muchacho bastante rudo.

Entonces apareció el Viento Sur, con un turbante y una túnica suelta de beduino.

-Hace aquí un frío espantoso -rezongó, echando leña a la hoguera-. Bien se conoce que el Viento Norte ha entrado primero.

-Pues hace calor como para asar un oso -replicó el Viento Norte.

-Tú sí que eres un oso polar -fue la respuesta del Viento Sur.

-¿Es que quieres ir a la bolsa? -terció la vieja-. Siéntate en esa piedra y cuéntanos dónde has estado.

-En Africa, madre. Estuve cazando leones con los hotentotes. ¡Qué pastos hay en aquellas llanuras! Verde como las aceitunas. Los antílopes danzaban a mi alrededor, y los avestruces corrían carreras conmigo, pero yo era siempre el más rápido. Estuve en el desierto y vi las arenas amarillas, que parecen el fondo del mar. Y di con una caravana. Los hombres habían matado su último camello en busca de agua que beber, pero no fue mucho lo que encontraron. El sol abrasaba por arriba, la arena quemaba por debajo y el desierto no tenía fin. Yo me introduje entre la arena fina y suelta, y la hice levantar girando hacia lo alto en enormes columnas. ¡Qué baile! Hubiérais visto con qué desaliento se detenían los camellos, cómo se cubría el mercader la cabeza con el albornoz. Se arrojó al suelo en mi presencia como si yo hubiera sido el mismo Alá. Ahora están todos sepultados bajo una pirámide de arena. Si alguna vez vuelvo a pasar por allí y la soplo, el sol blanqueará las osamentas de modo que los viajeros puedan ver que ya han transitado otros antes que ellos por el mismo camino, cosa que se hace difícil de creer en aquel desierto.

-¡Ya veo que sólo has estado haciendo daño! -exclamó la rnadre-. ¡A la bolsa contigo!

Y antes de que el Viento Sur se diera cuenta, la anciana lo tomó por la cintura y lo metió en la bolsa. El grandullón se revolcó por el suelo, pero ella se le sentó encima, lo cual lo obligó a quedarse quieto.

-Tus hijos son gente muy nerviosa -comentó el Príncipe.

-Así es, pero yo me basto para dominarlos. Aquí llega el cuarto de ellos.

Era el Viento Este, que venía vestido a la usanza china.

-¡Oh! ¿Vienes de aquellas regiones? -interrogó la madre-. Se me ocurre que quizá hayas estado en el Jardín del Edén.

-Pienso ir allí mañana -respondió el Viento Este-. Mañana se cumplirán cien años desde que estuve en ese lugar la última vez. Acabo de llegar de China, donde bailé alrededor de la torre de porcelana hasta que todas las campanas empezaron a tocar a coro. Vi cómo azotaban a los mandarines en plena calle, hasta romperles las cañas de bambú en los hombros, y mira que eran todos gente de la primera a la novena jerarquía. Gritaban: "¡Gracias, gracias, padre y bienhechor!", pero no lo decían muy a conciencia. Y yo seguía haciendo sonar las campanas y cantando: "¡Tsing-tsang, tsu!".

-¡Pues vaya que te jactas de semejante cosa! -observó la anciana-. Es una gran cosa que tengas que ir mañana al Jardín del Edén; eso te hará mejorar de conducta. No te olvides de beber en la fuente de la sabiduría, y de traerme a casa una botella de aquellas aguas.

-Lo haré. Pero, ¿por qué has metido a mi hermano del sur en la bolsa? ¡Afuera con él! Quiero que me cuente algo del Ave Fénix. La Princesa se muestra siempre curiosa por oír hablar de ese animal cada vez que yo me presento allí, de cien en cien años. Abre la bolsa. Si lo haces te querrá mucho y te regalaré dos cajas de té, tan verde y fresco como el día que lo coseché en la misma China.

Así lo hizo la anciana, y el Viento Sur se deslizó al exterior de la bolsa, muy abochornado de que un Príncipe extranjero lo hubiera visto en tan desairada situación.

-Aquí tienes una hoja de palma para la Princesa -dijo el Viento Sur-. Me la dio el viejo fénix, el único que existe en el mundo, luego de escribir en ella con su propio pico toda la historia de sus cien años de vida. La Princesa podrá leerla por sí misma. Yo vi al fénix pegar fuego a su nido y echarse en el interior, entre las llamas, como la viuda de un hindú. ¡Oh, cómo crujían las ramitas secas, qué humo y qué olor daban! Por último todo ardió en una llamarada final y el viejo pájaro quedó reducido a cenizas, pero no sin depositar antes un huevo que ahora podía verse reluciendo como una brasa entre los restos de la hoguera. Momentos después el huevo se rompió con un fuerte chasquido y de él salió el polluelo. Ahora domina sobre todas las aves, sin que exista otro de su especie en el mundo.

-Pues veamos si podemos comer algo ahora -propuso la madre de los vientos, y todos tomaron asiento para servirse del venado, que ya estaba a punto. El Príncipe se acomodó al lado del Viento Este, y pronto se hicieron ambos buenos amigos.

-Una cosa que quisiera pedirte -dijo el Príncipe- es que me dijeras quién es ese Princesa, y dónde está el Jardín del Edén.

-No digas más. Si es que quieres ir, puedes volar conmigo mañana. Pero te diré que ningún ser humano ha estado por allí desde Adán y Eva. Por tus relatos de Historia Sagrada, ya sabrás lo qué les ocurrió, ¿verdad?

-Claro que sí -repuso el Príncipe.

-Pues bien, cuando ellos fueron expulsados, el Jardín del Edén se hundió profundamente, pero no sin conservar su clima templado, su cálido sol y todos sus encantos naturales. Allí habita la reina de las hadas, y allí queda también la Isla de la Felicidad, donde no entra nunca la muerte y donde la vida es una perpetua delicia. Súbete mañana en mis hombros y yo te llevaré. Creo que podré arreglarme. Pero no hables ahora, porque tengo ganas de dormir.

Cuando el Príncipe se despertó, aquella mañana temprano, su sorpresa no fue pequeña al verse ya a gran altura por encima de las nubes, a lomos del Viento del Este, que lo sostenía con todo cuidado. Tan alto estaba que los bosques y los campos, los ríos y los lagos, parecían detalles de un gran mapa en colores.

-Buenos días -saludó el Viento Este-. Sería mejor que durmieras un poco más, pues no hay mucho que ver en esa llanura de abajo, a menos que quieras contar las iglesias. Parecen como puntos de tiza en un tablero verde.

-Ha sido bastante descortés de mi parte el haber partido sin decir adiós a tu madre y hermanos -dijo el Príncipe.

-Eso es disculpable cuando uno está dormido -respondió el Viento, y ambos siguieron volando a velocidad cada vez mayor. Se habría podido seguir el rastro de su vuelo por el rumor de los árboles al pasar ellos sobre los bosques. Y cada vez que cruzaban un mar o un lago, las olas se alzaban y los grandes barcos se hundían en las aguas como cisnes. Hacia el anochecer resultó un espectáculo interesante el ver las grandes ciudades entre la creciente oscuridad, con sus innumerables lucecitas titilantes. El Príncipe batió palmas de admiración, pero el Viento Este le advirtió que sería mejor que se agarrara bien, no fuera a caerse e ir a dar sobre el campanario de una iglesia.

El águila de la gran selva volaba velozmente, pero el Viento Este le ganaba. También los cosacos cabalgaban a gran velocidad por las llanuras, pero la velocidad del Príncipe era mayor aún.

-Ahora puedes ver el Himalaya -explicó el Viento-. Esas son las más altas montañas de Asia. Pronto llegaremos al Jardín del Edén.

Tomaron una dirección algo más hacia el sur, y pronto sintieron que el aire se iba perfumando con el aroma de flores y especias. En aquellas tierras crecían en estado silvestre higueras y granados, y grandes viñas cubiertas de uvas negras y blancas.

Allí descendieron los dos, y se tendieron sobre el suave césped, en una pradera donde las flores inclinaban las cabezas al viento como si dijeran: "Bienvenidos".

-¿Estamos ya en el Jardín del Edén? -preguntó el Príncipe.

-No, claro que no -repuso el Viento Este-, pero no tardaremos en llegar. ¿Ves aquel muro y aquella gran caverna sobre cuya entrada pende la vid silvestre como una cortina? Tendremos que pasar por allí. Envuélvete bien en tu capa, porque si bien aquí hay un sol ardiente, apenas demos unos pasos en el interior de la caverna experimentaremos un frío glacial. De este lado de la caverna, el calor del verano; del otro, el frío del invierno.

-De modo que ése es el camino al Jardín del Edén -comentó el Príncipe, y ambos se internaron en la caverna. Hacía en verdad mucho frío allí, pero no fue por mucho tiempo. El Viento Este extendió sus alas como una ardiente llamarada. ¡Qué caverna era aquélla! Por sobre sus cabezas se alzaban enormes masas de roca, modeladas en las más extrañas formas, y por las cuales se deslizaba constantemente el agua.

En cierto momento la cueva se hizo tan estrecha y su techo tan bajo, que los dos viajeros se vieron forzados a arrastrarse sobre manos y rodillas; poco más allá, la amplitud y altura del ambiente eran tan generosos que a ambos les parecía estar en campo abierto. Aquello semejaba una capilla mortuoria, con mudos tubos de órgano y banderas convertidas en piedra.

-Cualquiera diría que vamos hacia el Jardín del Edén por la carretera de la Muerte -comentó el Príncipe, pero el Viento Este no se dignó responder.

Se limitó a señalar hacia afuera, donde brillaba una hermosa luz azul. Las masas de roca que se elevaban sobre sus cabezas se fueron mostrando más y más borrosas, hasta que por último resultaron tan transparentes como una nubecita blanca a la luz de la luna. El aire era ahora deliciosamente agradable, tan fresco como en las cimas de las montañas y tan perfumado como entre las rosas de los valles.

Por allí corría un río, tan claro como el mismo aire, en cuyas aguas nadaban peces de oro y de plata y caracoleaban anguilas de color de púrpura con reflejos azules, entre las amplias hojas de los nenúfares teñidas con todos los matices del arco iris. Las flores parecían llamas anaranjadas, que se alimentaran con agua como una lámpara se alimenta con aceite. Un puente de mármol, tallado con la habilidad y delicadeza que semejaba de encaje y cuentas de cristal, cruzaba la corriente y conducía a la Isla de la Felicidad, donde se hallaba el Jardín del Edén.

El Viento Este alzó al Príncipe en sus brazos y cruzó asi el puente, mientras las flores y las hojas entonaban las viejas y hermosas canciones que el Príncipe recordaba de su infancia, pero con una melodía tal que ninguna voz humana las habría logrado imitar jamás.

Nunca había visto antes el Príncipe tan enormes árboles, tal riqueza de vegetación. De las ramas pendían hermosísimas plantas trepadoras formando guirnaldas sólo semejantes a las que pueden verse impresas en color y oro en las iniciales de las viejas vidas de santos.

Sobre el césped, no lejos de ellos, vieron una bandada de pavos reales con sus brillantes colas abiertas en abanico. Eso parecían, al menos, pero cuando el Príncipe acercó la mano a ellos pudo advertir que no eran aves sino plantas: grandes hojas multicolores que semejaban colas de pavo real. Por entre los macizos de arbustos brincaban leones y tigres como ágiles gatos, enteramente mansos y perfumados por las flores de olivo. Una torcaza, reluciente como una perla, agitaba las alas sobre la melena de un león, y un antílope, de especie tan arisca usualmente, los miraba meneando la cabeza, como si quisiera él también tornar parte en el juego.

El Hada del Jardín salió a recibirlos. Su vestido era radiante como el sol, y su rostro resplandecía de satisfacción como el de una madre feliz al ver regresar a su hijo. Era joven y muy hermosa, y estaba rodeaba por un corro de encantadoras jóvenes, cada una con una estrella en el pelo.

Al entregarle el Viento Este la hoja de palma que le había dado para ella el ave fénix, los ojos del Hada chispearon de alegría. Tomó al Príncipe de la mano y lo condujo a su palacio, cuyas murallas eran del color de los radiantes tulipanes a la luz del sol.

El cielo raso era una sola y enorme flor reluciente, y cuanto más se lo miraba más profundo parecía ser el cáliz. El Príncipe se acercó a la ventana y a través de los cristales pudo ver el árbol de la Ciencia, con la serpiente, y Adán y Eva a su lado.

-¿No habían sido expulsados? -preguntó. El Hada sonrió y le explicó cómo el Tiempo había ido trazando una lámina en cada cristal, y no de la clase de láminas que habitualmente conocemos. Eran figuras vivas, con hojas que se movían realmente, y personajes que entraban y salían como las imágenes en un espejo.

Miró luego por el otro panel de la ventana y vio el sueño de Jacob, con la escala que subía hasta el cielo, y los ángeles de grandes alas revoloteando hacia arriba y hacia abajo. En aquellos paneles podía contemplarse todo lo ocurrido en el mundo. Sólo el Tiempo era capaz de imprimir láminas tan maravillosas.

El Hada sonrió y lo condujo a otra vasta estancia, de altísimo techo, cuyas paredes eran como transparentes retratos, de rostros a cuál más hermoso. Había allí millones de bienaventurados que sonreían y cantaban, y todos sus himnos se confundían en una sola melodía perfecta. Los que estaban situados más altos se veían tan diminutos como el más pequeño pimpollo de rosa. En el centro de aquel salón se veía un gran árbol, de airoso

ramaje colgante, por entre cuyas hojas verdes pendían hermosas manzanas de oro. Era el árbol de la Ciencia, de cuyo fruto habían comido Adán y Eva. De cada hoja pendía una brillante gota de rocío, de color rojo, que hacía parecer como si el árbol llorara lágrimas de sangre.

-Ahora vamos a subir a la barca -propuso el Hada- y en las ondulantes aguas hallaremos descanso. La barca se mece, pero sin moverse de su lugar, y sin embargo veremos pasar ante nuestros ojos todos los países de la tierra.

Y fue en verdad una curiosa visión la de la costa entera que se movía. Vieron pasar los altísimos Alpes cubiertos de nieve, con sus oscuros pinos y sus nubes blancas. Por entre los árboles se oía el quejumbroso eco de un cuerno de caza, y el dulce canturreo de los pastores en los valles. En las aguas bogaban cisnes negros; en las orillas se veían las más extrañas flores y raros animales. Ahora era Nueva Holanda, la quinta parte del mundo, lo que pasaba deslizándose ante ellos y exhibiendo sus montañas azules. Se oían los cánticos de los hechiceros, el sonido de los tambores y flautas de hueso, y se veían las danzas de los salvajes. Luego pasaron ante ellos las pirámides de Egipto, altas hasta las nubes, y las esfinges medio sepultadas en la arena, entre columnas caídas. Vino después la Aurora Boreal, como una brasa entre las montañas del Norte, inimitable fuego de artificio. Todo eso y muchísimo más vio el Príncipe, que desbordaba de satisfacción.

-¿No podría quedarme siempre aquí? -preguntó al Hada.

-De ti sólo depende. Si no cedes a la tentación y haces lo que te está prohibido, como Adán, podrías quedarte para siempre.

-No tocaré los frutos del árbol de la Ciencia. Hay por aquí millares de otros frutos tan hermosos como ellos.

-Pruébate a ti mismo, y si no te sientes con fuerzas suficientes, vuélvete con el Viento del Este que te trajo. Él está por partir ahora, y no regresará en otros cien años. Ese tiempo pasará volando en este lugar como si no fuera más de cien horas, pero eso basta para la tentación y el pecado. Todas las tardes cuando yo me retire te diré "Sígueme", pero no lo hagas. No te muevas, pues a cada paso que des tu deseo de avanzar será más intenso, hasta que llegues al recinto donde está el árbol de la Ciencia. Yo duermo al pie de ese árbol, bajo sus fragantes ramas colgantes. Te inclinarás sobre mí, y yo te sonreiré, pero si te atreves a darme un beso el Edén se hundirá profundamente en la tierra, y todo se habrá perdido para ti. Sólo el viento helado girará silbando a tu alrededor, y la fría lluvia te correrá sobre la cara. Y sólo te quedarán por herencia trabajos y dolores.

-Me quedaré aquí -afirmó el Príncipe.

El Viento Este se despidió diciendo:

-Sé fuerte, pues, y los dos nos encontraremos otra vez dentro de cien años. ¡Adiós!

Y el Viento extendió sus grandes alas, que fulguraron como amapolas en el tiempo de la cosecha, o como las estrellas del norte en una fría noche invernal.

-¡Adiós, adiós! -susurraron las flores, mientras las cigüeñas y los pelícanos volaban en línea como cintas ondulantes, escoltando al Viento hasta el límite del jardín.

-Ahora empezaremos nuestra danza -dijo el Hada-. Al final, después que hayamos danzado juntos, y el sol baje en el horizonte, me oirás decirte: "Sígueme". Ya lo sabes: no vengas. Tendré que repetirte esa palabra cada noche durante cien anos. Cada vez que resistas, tu voluntad se hará más fuerte, hasta que al fin ya ni siquiera se te ocurrirá la idea de seguirme. Esta noche será la primera vez, de manera que recuerda mi aviso.

Y el Hada lo condujo a un amplio recinto lleno de lirios blancos y transparentes, cuyos estambres dorados formaban en cada una de ellas una diminuta arpa en que resonaba el sonido de las flautas y los instrumentos de cuerda. Hermosas y ágiles jóvenes bailaban allí una armoniosa danza, que continuó hasta que el sol descendió al horizonte y el cielo quedó bañado en un resplandor rojizo que hizo a los lirios asemejarse a las rosas. El Príncipe bebió del vino espumoso que le ofrecieron las doncellas, experimentando una alegría tal como nunca había sentido antes. Vio entonces cómo se abría el fondo del recinto, y más allá el árbol de la Ciencia, erguido entre un resplandor que cegaba. El canto que procedía de aquel lugar era suave y amable como la voz de su madre, y parecía decir: "¡Hijo mío! ¡Mi querido hijo!"

Entonces vio al Hada que alzaba la mano como en una señal y le decía con ternura: "Sígueme". Y corrió hacia ella, olvidando la promesa, olvidando todo, en aquella primera vez que ella le había sonreído y llamado.

La fragancia del aire se hizo más intensa; el sonido de las arpas más dulce; no parecía sino que los millones de sonrientes rostros que llenaban el espacio donde estaba el árbol estuvieran cantando a coro: "Hay que saber de todo. El hombre es el señor de la tierra". Al Príncipe le parecían otras tantas brillantes estrellas.

-Ven, ven -insistían aquellos temblorosos tonos, y a cada paso las mejillas del Príncipe ardían más y su pulso latía con más fuerza.

"Tengo que ir -se decía-. No es pecado. Nada se perderá si no la beso, y eso no lo haré. Mi voluntad es fuerte".

El Hada apartó las ramas del árbol y un momento después había desaparecido en el interior de la fronda.

"No he pecado todavía -se repetía-, ni he de hacerlo".

E hizo a un lado las ramas. Vio al Hada ya dormida, tan hermosa como sólo el Hada del Jardín del Edén podía serlo. Ella le sonreía en su sueño, pero cuando el joven se inclinó advirtió que por entre las delicadas pestañas brotaban lágrimas.

-¿Es que lloras por mí? -susurró-. No llores, hermosa doncella. Sólo ahora comprendo la plena felicidad del Edén; siento la energía de los ángeles y la vida eterna en mis miembros mortales. Y aunque caiga sobre mí la noche sin fin, estoy seguro de que un momento como éste vale la pena.

Y enjugó con los labios las lágrimas que humedecían las mejilas del Hada.

Entonces se oyó un estruendo como el de un trueno, pero más intenso y espantoso que ningún otro oído jamás por el Príncipe, y todo cuanto circundaba al joven se derrumbó. La hermosa Hada, el florido Edén se hundieron y se hundieron, más y más, en tierra, entre la oscuridad de la noche, hasta que el Príncipe sólo distinguió su esplendor allá muy lejos, como una tenue y titilante estrella. El joven sintió que le corría por las venas el frío de la muerte, cerró los ojos y cayó al suelo desmayado.

La lluvia fría le corrió por la cara; el viento helado sopló alrededor de su cabeza. Por último, el Príncipe recobró el sentido.

"¿Qué he hecho? -suspiró-. He pecado como Adán; he pecado tan gravemente que el Paraíso se ha hundido a mis pies, hasta el mismo fondo de la tierra".

Abrió los ojos, y logró distinguir aún la estrellita, la lejana estrella que titilaba como el Jardín del Edén. Pero se trataba del lucero de la mañana en el cielo. Cuando se levantó se encontró en la caverna de los vientos, y vio a la anciana madre de los cuatro vientos a su lado.

-¡En la primera noche! -exclamó la vieja-. Lo que yo pensaba. Si fueras mi hijo, te metería directamente en la bolsa.

-¡Ah, pues no tardará en ir a algo semejante! -exclamó la Muerte. Era una mujer grande y robusta, aunque muy anciana, que tenía dos vastas alas negras y llevaba una guadaña en la mano-. Lo meterán en un ataúd, pero no ahora. Yo me limitaré a marcarlo y dejarlo andar por algún tiempo sobre la tierra para expiar su pecado y perfeccionarse. Cuando él menos lo espere regresaré, lo extenderé en un ataúd negro y volaré con él a los cielos. El Jardín del Paraíso florece allí también, y si él es bueno y santo, podrá entrar. Pero si sus pensamientos son perversos y su corazón sigue lleno de pecado, se hundirá en su ataúd mucho más profundamente aún que lo que se hundió el Paraíso.